

El cálculo del futuro: Más allá de la economía y la política

Alexis Romero

Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas

La Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela.

Apartado Postal 15288. Maracaibo. Telf/Fax +58 61 520189.

E-mail: jparra@luz.ve.

Resumen

Hasta la aparición del enfoque Estratégico, la planificación parecía restringirse al dominio de los fenómenos económicos. El nuevo enfoque -que considera la oposición entre diferentes actores que planifican, es decir, la esfera política, sin embargo, deja al margen una subjetividad que se expresa en términos de expectativas, identidades, miedos, motivaciones, representaciones sociales, etc.-, que corresponden a los campos socio-cultural y socio-psicológico. En este artículo, luego de revisar la evolución de la planificación en América Latina y de describir los intentos por superar el economicismo, se propone la utilización de modelos cualitativos, que permitan salvar las limitaciones de los esquemas analíticos y matemáticos -útiles para el manejo de variables como Inversión, Producción y Distribución-. Específicamente se exponen las potencialidades de las perspectivas de las Identidades Sociales y de las Representaciones Sociales, que pueden ser usadas en el marco de una estrategia global de planificación que contempla operaciones en los ámbitos económico, político, cultural, social y psicológico.

Palabras clave: Planificación, modelos cualitativos, subjetividad, identidades sociales, representaciones sociales.

The Calculus of the Future: Beyond Economics and Politics

Abstract

Up to the surging of the Strategic approach, planning seemed to be restricted to the economic phenomenon. The new approach-which takes into account, political phenomena-, notwithstanding leaves aside a subjectivity which is expressed in terms of expectations, identities, fears, motivations, social representations, etc., all of which belong to the sociological and socio cultural dominions. In this article, after revising the evolution of planning in Latin America and describing the attempt made in order to overcome economicism, it is proposed the use of qualitative indicators, which will allow to overcome the limits of mathematical approaches -however useful for handling variables such as investment, production and distribution specifically it is proposed the potentialities of the social identities and social representations approach, which can be used in the context of a global strategy, which takes into account economics, politics, cultural, social and psychological aspects.

Key words: Planning, Qualitative Models, Subjectivity, Social Identity, Social Representation.

1. Introducción

Ciertamente la génesis de la actividad planificadora aparece vinculada a la satisfacción de necesidades sociales eligiendo entre recursos escasos. Ello la ha hecho aparecer casi siempre ubicada en el campo de las decisiones económicas y asociada a variables de esa naturaleza, tales como: Producción-Distribución, Inversión-Consumo, etc. En este contexto su función se concreta básicamente en el proceso de acumulación, destacándose de esa forma la importancia del estado como ente planificador. Así se facilita la utilización de modelos analíticos y matemáticos.

Colocándonos por encima de la generalización que define a la planificación como la acción eficiente y sin negar su particular validez en el campo de las decisiones económicas, señalamos que la Teoría General de la Planificación es la base de una disciplina académica del cálculo del futuro. Esta exige la utilización de modelos cualitativos que permitan determinar las recíprocas relaciones entre variables de distinta naturaleza (económicas, políticas, psicológicas, culturales, sociales, etc.).

Ello en tanto, el futuro está referido, por un lado, al movimiento más o menos predecible de ciertas entidades (variables físicas y relaciones objetivas) y, por el otro, al comportamiento de actores individuales y colectivos que, aún presentando un grado de regularidad, implica un nivel tan elevado de incertidumbre que no puede ser reducido a leyes.

La llamada planificación estratégica, al incorporar la dimensión política, demuestra una cierta comprensión de tal realidad. Sin embargo, al considerar la oposición -o juego- entre los diferentes actores que planifican no es suficiente, puesto que las conductas de los hombres y las organizaciones no se concretan sólo con arreglo al cálculo económico, o a la acción política.

Las dimensiones socioculturales y sociopsicológica, evidentemente de otra naturaleza, tal vez constituyan los elementos más dinámicos que puedan entrar en la consideración de la planificación. Porque elaboran y ejecutan el plan hombres que tienen determinadas percepciones e intereses (lo cual es tomado en cuenta por la planificación estratégica); pero, también, porque los individuos que forman la población vinculada al plan tienen determinadas esperanzas, temores, expectativas, identidades, representaciones sociales, etc., que son algo más que la ideología a la que normalmente se hace referencia.

Estas entidades subjetivas generalmente se dejan al margen del análisis de los procesos. Así, por ejemplo, cuando se examina las causas del derrumbe de la economía centralizada se adelantan conclusiones que priorizan los aspectos políticos o económicos; más, no hemos conocido de interpretaciones que, al menos tangencialmente respondan a cuestiones como las siguientes: el papel de la identidad étnica y nacional, la representación social de la centralización, las expectativas en torno a la participación en la gestión económica, la cualidad de la motivación al consumo, etc.

Como asumimos la planificación como un cálculo de futuro, no sólo administrativo, ni político, y como declaramos la insuficiencia de las perspectivas existentes, nos proponemos -no sin modestia- señalar un camino para una planificación que, valorando el rol de la subjetividad, pueda incorporar las tecnologías que permitirían influirla, intervenirla y, ¿por qué no?, adecuarla al desarrollo del plan o adaptar éste a las condiciones de aquella. Se trataría del establecimiento simultáneo de objetivos económicos (por ejemplo, de inversión y de producción), políticos (por ejemplo, neutralizar determinadas resistencias) y socioculturales y sociopsicológicos (promover una motivación favorable a un objetivo económico del plan).

En breve, intentamos destacar las limitaciones de las perspectivas que ignoran los condicionamientos culturales y sociopsicológicos, y proponer las bases de un modelo cualitativo que relacione variables de diferentes naturalezas.

2. La indiferencia ante los factores subjetivos en el contexto de una planificación esencialmente económica

A pesar de la toma de distancia respecto a la experiencia socialista, el ideario cepalino -en el cual se apoyó el inicio de la actividad en América Latina- estaba centrado, como aquella, en la convicción de que la planificación es básicamente un instrumento de desarrollo económico. Por ello, al sustituir el término de planificación -que asocia a la regimentación de la economía soviética- por el de programación, le señaló como propósito casi exclusivo el estímulo al crecimiento y la ordenación de las inversiones de capital.

En el planteamiento inicial de la Cepal subyace una concepción de desarrollo como crecimiento del producto por habitante. Este crecimiento -que suponían vinculado a una distribución óptima de los recursos productivos-, como sostenía Ahumada, había quedado demostrado históricamente que, en latinoamérica, no puede ser alcanzado a través del mercado; por lo tanto había que apelar a un mecanismo distinto: la planificación. (AHUMADA, 1967,22).

El sesgo economicista de esta orientación se afirma con el señalamiento de los problemas que había de encarar la planificación: 1° la fijación de las metas de crecimiento y las inversiones a través de las cuales se aspira lograrlo; 2° el aumento del ahorro propio; 3° la superación de los obstáculos que genera la capacidad para importar; 4° la elaboración de proyecciones de demanda; 5° la determinación de la productividad y los desplazamientos de mano de obra. Así quedaba reducido el asunto a una relación entre inversiones y producción.

En esas condiciones, la planificación o programación, era asumida como una técnica a través de la cual se señalan soluciones alternativas, entre las cuales las autoridades gubernamentales selecciona. La actividad planificadora se satisface en la medida en que puede ofrecer elementos de juicio para la toma de decisiones, sin tomar ella misma partido. Esa neutralidad exige la exaltación de la objetividad -procedimental e instrumental- y el rechazo de los elementos subjetivos que podrían desvalorizar el trabajo del planificador. Por ello lo social no aparecía por ningún lado, ni siquiera en términos de variables complementarias. El enfoque no parecía interesado ni en la definición de un tipo específico de sociedad -más allá del modelo de sociedad capitalista desarrollada- ni en aspectos particulares de lo social.

Con ello se pretendía estar en coherencia con la racionalidad científica -abandono de los valores mediante operaciones neutras garantes de la objetividad-.

La consideración de las dimensiones socioculturales, sociopolítica y sociopsicológica enturbiaría el proceso y lo tornaría subjetivo.

No obstante, la inconsistencia de la objetividad y neutralidad queda en evidencia, pues se dan, como señala Solarí:

“en el contexto de una ideología previa, la de la aceptación del desarrollo concebido como aumento de las tasas de crecimiento...Esto es muy claro si se piensa, que podría partirse de que jamás se recurriría al capital en cuyo caso esta afirmación pasaría a tener el carácter de principio valorativo básico al cual habría que adaptar las tasas de interés y no al revés. . A pesar de que la indudable sinceridad con la que se sostiene la idea del carácter neutral de la programación, resulta evidente que está encuadrada en ciertos supuestos ideológicos que por naturaleza no pueden ser neutrales”. (SOLARI, et al, 1976,588).

2.1. El inicio del interés por los problemas sociales

Ya para la primera fase -de institucionalización- de la planificación en América Latina, desde la sociología se llama la atención acerca de las consecuencias del predominio de la orientación economicista. Se recogían así los planteamientos de Mannheim en relación a que la planificación no se limita al aspecto económico, que es una parte de algo mucho más complejo.

“La planificación se refiere a la sociedad en conjunto; se trata de construir, a través de ella una nueva sociedad, lo que se acompaña de la necesidad de crear un nuevo tipo de hombre. La Planificación es el intento sistemático de racionalizar la vida humana, en todo aquello en que sea necesario hacerlo, lo que va más allá de la economía y no comprende necesariamente toda la economía”. (MANNHEIM, 1942,345).

En esta línea de pensamiento se mantuvieron, entre otros, los sociólogos Florestán Fernández y José Medina Echeverría. Para el primero, el desarrollo requería del cambio radical de la estructura sociocultural del hombre latinoamericano. Ello se concretaría en la internalización por parte de aquél de la idea de que no hay transformación posible sin unas disposiciones colectivas para el cambio.

“El llamado umbral de desarrollo sólo podrá ser alcanzado, desde el punto de vista sociológico, en las condiciones en que se encuentran los países latinoamericanos, cuando estas disposiciones tomen por objeto el orden social vigente” (FERNANDEZ 1960,273).

De modo que las transformaciones tenían que operar en varios planos de la vida social: también en la economía -que constituye una de las dimensiones básicas,

pero no la principal-. La intervención se justifica como parte de una reconstrucción social global; porque Fernández entendía que la planificación es simultánea entre un instrumento y una expresión de un cambio profundo que afecta todas las esferas de la sociedad.

Para Medina Echeverría, era posible intervenir -planificar- el doble movimiento del proceso civilizador y del proceso social -lo dado como tal: la necesidad y la regularidad-, -sólo en la medida en que se obtenía éxito en lo atinente al otro proceso- el cultural - en el que se expresan las preferencias y la libertad de elección, de creación y libertad.

“El desarrollo económico -decisivo hoy a todas luces- es sólo un fragmento del proceso histórico total y es analizable en consecuencia a tener de sus mismos componentes”. (MEDINA ECHEVERRÍA, 1959, 77).

Se trataba de superar el simplismo del planteamiento de que el desarrollo económico supone por sí mismo una transformación total de las formas de vida. Al respecto, señala Medina, habría la necesidad de examinar las implicaciones del sistema de valores de la sociedad para el cumplimiento de la función económica o adaptativa. ¿No existen, como señala Parsons, compromisos tácitos -previos por tanto a la propia actividad económica- que provienen del cuadro de preferencias, que es finalmente la sociedad misma. (PARSONS, 1956, 41).

2.2. Los intentos más recientes por superar el economicismo

La experiencia planificadora latinoamericana de las primeras décadas hizo patente la obligación de considerar las necesidades sociales. Así se planteó inicialmente el desarrollo de planes sectoriales sociales que son contemplados, puesto que se creía podrían contribuir con el propósito fundamental del crecimiento del producto por habitante. Se comienza a hablar de planificación integral para referirse a dos situaciones: una en la que los objetivos sociales simplemente se agregan a los objetivos económicos convencionales y otra donde la idea es que los objetivos económicos queden subordinados a los sociales. En cualquier caso la ampliación de los objetivos significaría el asumir la planificación como un mecanismo de una transformación que trasciende lo económico.

La sistematización de las ideas al respecto dió lugar a dos orientaciones esencialmente distintas: el llamado enfoque unificado y la Planificación Estratégica. La primera orientación era apoyada en la convicción de que el crecimiento económico no puede ser identificado con el desarrollo propiamente dicho. Tal como se sostuvo en la reunión de la Cepal en Quito, en 1973.

“El desarrollo integral no puede obtenerse mediante esfuerzos parciales en ciertos sectores de la economía o del sistema social, sino a través de un avance conjunto en todos los aspectos. Es sumamente difícil realizar una evaluación del proceso de desarrollo definido en esa forma, ya que no basta con referirse a uno o más indicadores, sino que es preciso apreciar en qué medida el avance conjunto en todos los sectores está promoviendo un nuevo tipo de sociedad orientada hacia el rápido desarrollo humano”. (CEPAL, 1973,34).

No obstante el propósito anunciado, con el enfoque unificado no se logra resolver en la práctica el predominio de los objetivos económicos.

Por otro lado, la Planificación Estratégica, señalando la impotencia de la planificación tradicional -normativa- para enfrentar la complejidad de la realidad social, se propuso operar en un contexto de incertidumbre donde nada es predecible y donde predominan los problemas no procesados. En esa situación se requiere, luego de seleccionados los problemas, de un análisis estratégico político que permita construirle viabilidad a las soluciones posibles.

“La planificación normativa separa la vida social en compartimientos estancos, aislados entre sí a pesar de las verbalizaciones en contrario. Más aún, las verdaderas consideraciones que definen tanto la parte diagnóstica como los propósitos del plan normativo son los económicos (en el sentido restringido de ciencia económica del término). En realidad, muchas de las propuestas de la planificación se derivan de la técnica de evaluación de proyectos, cuya base es la estimación de alguna forma de costo benéfico”. (TESTA, 1993,80).

La aceptación de la existencia de oposición entre actores; la utilización de la noción de situación -lugar social donde están situados el actor y la acción-, y la consideración de la capacidad de los actores para producir hechos -políticos, económicos, sociales-, constituyen, como dice Testa, aspectos importantes de la obra de Matus, que expresan en el plano teórico el desplazamiento de una normatividad técnico-económica por una normatividad política. De modo que la planificación si fue siendo concebida -como un instrumento de la razón para alcanzar el progreso- como herramienta de una racionalidad técnica-, independientemente de la consideración de la dimensión política. El tomar en cuenta la oposición entre diferentes actores no es suficiente, puesto que las conductas de los hombres y organizaciones no se concretan ciertamente sólo con arreglo al cálculo económico, pero tampoco de acuerdo al interés político.

3. Hacia la utilización de un modelo cualitativo de planificación que relacione variables de distinta naturaleza

Puesto que no existe el conocimiento específico en que puedan basarse las relaciones que comprenden -es decir, un modelo analítico previo- es clara la inutilidad del propósito de aplicación de modelos matemáticos, o lógicos, en la planificación. Además, tal vez no sean los más apropiados más allá de algunas áreas de la economía. "Tenemos entonces, en principio, que construir un modelo analítico para el adelanto de la investigación y su comprensión. Puede ser que en una fase posterior se logre construir un modelo cualitativo para elaborar una teoría general de la planificación". (DROR, 1990,34).

Eso porque los modelos analíticos examinan las principales variables, dejando de lado las relaciones que existen entre ellas. Los modelos cualitativos, por el contrario, persiguen determinar tales relaciones, basándose en un minucioso análisis del conocimiento empírico y su generalización en un nivel superior de abstracción. Así, como señala Dror, estos últimos modelos podrían significar el máximo nivel de desarrollo de la Teoría General de la Planificación.

En la línea de Dror, tenemos la convicción de que es necesario adelantar la construcción de un modelo de planificación que incluya también variables de las dimensiones sociocultural y sociopsicológica -intentando superar las orientaciones y enfoques expuestos, -que se limitan a la consideración de variables económicas o políticas-.

Asumiendo que tales dimensiones, vinculadas a la subjetividad social, son los aspectos más dinámicos para la consideración de un modelo de planificación. como cálculo de futuro, a continuación se presentan ideas en torno a su naturaleza.

3.1. La diversidad: contexto de la subjetividad latinoamericana

Necesariamente el reconocimiento de la heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas, tiene que estar acompañado por la aceptación de que no existe en ellas, una cultura de la diversidad. Es necesario que en la planificación el complejo tejido cultural -variedad de mundos de vida constituidos en relación con culturas occidentales, africanas y orientales-, sea más que una referencia teórica; ura entidad cuyas expresiones y manifestaciones definan cada una de las fases del proceso planificador. Ello es demasiado importante; sobre todo en la situación que refiere Calderón como característica de la cotidianidad latinoamericana.

“La misma noción de individuo es culturalmente ambivalente y la ciudadanía no acaba de plasmarse ni como un valor central, ni como un sistema institucional legítimo”. (CALDERON, 1995,4).

En esa situación, el otro -no existe- lo cual libera del todo de compromisos sociales. No existe realmente el individuo ni la comunidad, ni se da el ejercicio de la razón moderna; lo cual tiene importantes repercusiones.

Por eso hoy en la planificación tiene que producirse la aceptación de la existencia predominante de una subjetividad latinoamericana surgida de la historia de mestizaje -en la que se aprendió a negar al otro- y, más recientemente, de las aspiraciones desarrollistas, en el marco de la que Calderón designa como lo Nacional-popular o populista.

Por otro lado, la referencia a la diversidad cultural latinoamericana, tiene que realizarse en consideración a la perspectiva de la heterogeneidad estructural, que abarca la homogeneización y la heterogeneidad culturales. El proceso homogenizador opera a través de la imposición de los valores y símbolos de la civilización occidental. A través de él se internaliza una racionalidad técnico-instrumental cuya validez no se discute en tanto se asume que sólo por su intermedio es posible el desarrollo. Las particulares formas de convivencia e interacción -además de las lenguas, creencias y hábitos propios-constituyen la heterogeneidad cultural, que en general se había referido a grupos étnicos y culturas subalternas. Más recientemente, de la inmigración, de la organización urbana y vecinal y de la informalidad han derivado nuevos modos culturales que obligan a una ampliación de la categoría.

“Ambos procesos han contribuido a que la heterogeneidad cultural se haya transformado en pluralidad a nivel de las demandas provenientes de sus actores colectivos. Ya no sólo se produce el reconocimiento de su existencia sino de su validez”. (SONNTAG y YERO, 1992,27).

La planificación no puede olvidar, pues, que la diversidad y la heterogeneidad estructural aludidas constituyen el marco de la subjetividad latinoamericana y definen su naturaleza.

3.2. Las expresiones de la subjetividad social

En algunas orientaciones de la planificación hay referencia, aunque de manera convencional, a los aspectos subjetivos. En ciertos casos para hablar de las motivaciones económicas de los actores y en otros de intereses políticos. Pero, no siendo el propósito -en ninguno de los casos- el trascender la dimensión económica, no se

profundiza acerca de las entidades a través de las cuales la subjetividad social se manifiesta.

En nuestro caso, la definición de los rasgos de un modelo cualitativo de planificación exige el tratamiento del asunto. Asumiendo éste como un primer papel de trabajo al respecto, intentaremos su consideración aunque no sea exhaustivamente.

Varios enfoques han sido desarrollados con miras a capturar los elementos constitutivos de la subjetividad social, generalmente desde una psicológica perspectiva cuyas implicaciones con la sociología llevan a hablar de la psicología social sociológica.

“La psicología social psicológica es focalizada en el análisis de los procesos psicológicos del individuo, tales como las actitudes, creencias, valores, estereotipos, percepciones, etc. Su objetivo es entender el impacto de los estímulos sociales sobre los individuos.

Por su parte la psicología social sociológica se plantea la reciprocidad entre el individuo y la sociedad, tiene como objeto fundamental, más que estudiar lo que sucede dentro de un individuo, estudiar lo que sucede en la interacción social”. (BANCHS, 1992,184-185).

La referencia es al interaccionalismo simbólico, corriente para la cual las actitudes y expectativas correspondientes a los roles no determinan la conducta del hombre; más bien esta conducta es el resultado de un proceso en el cual la persona interactúa -con las demás y consigo mismo-.

Las perspectivas teórico-metodológicas de las Identidades Sociales y de las Representaciones Sociales, asociadas al interaccionalismo simbólico, a nuestro juicio serían herramientas útiles a la actividad planificadora.

3.2.1. La identidad social o cultural

Ciertamente el análisis de la Identidad ha sido abordado desde diferentes disciplinas. Desde el punto de vista de la psicología social -que ubica al hombre dentro de grupos sociales- la identidad está “referida a la especificidad de los miembros de un grupo y a las características que los singularizan y los diferencian de los miembros de otros conglomerados” y “al grado de identificación de los individuos con ese grupo”. (SALAZAR, 1993,58).

Lo que enfatiza este autor es la naturaleza subjetiva de la identidad, es la que no se expresa cabalmente- “la realidad objetiva”, pero que influye fuertemente el comportamiento humano.

Desde la sociología y la antropología la identidad es asumida como un sistema simbólico producido socialmente, por tanto no heredado. Así, se trata de una cons-

trucción de actores sociales específicos, que conscientes o inconscientemente seleccionan y recrean elementos culturales. En tanto estos actores ocupan determinadas posiciones -sociales e ideológicas-, el proceso puede provocar conflictos y tensiones-.

“En cualquier sociedad esta actividad resulta ser además conflictiva, porque diversos actores sociales promueven sus propias representaciones simbólicas y compiten por generalizarlas societariamente. Además, tal competencia tampoco debe fantasearse como una suerte de ideal ‘competencia perfecta’ ya que algunos actores son más poderosos que otros y/o promueven sus representaciones de manera más poderosa, más beligerante, más violenta, o más efectiva que otros”. (MATO, 1995,31).

La movilización de grupos étnicos, de sectores populares y hasta de naciones enteras, generalmente se ha producido apelando a las Identidades. Igual ha sucedido con cambios sociales y políticos, a las que alguna Identidad les ha dado sentido. Ello ha sido posible gracias al proceso de etiquetamiento que es un aspecto fundamental de la construcción de aquellas.

“...las etiquetas pueden tener connotaciones positivas y pueden convertirse en factores movilizadores en un sentido positivo...pueden ser elementos constituyentes de una conciencia social recién adquirida o fortalecida y ser de gran importancia en el plano de la política.” (SALAZAR, 1987, 211).

La planificación, si se plantea la captura de la subjetividad de la sociedad en la que opera, tiene que comprometerse con la descripción y análisis de la identidad social o cultural -nacional, regional o local-, puesto que podría propiciar la anticipación y la solución de conflictos y promover reformas. Con base a estos estudios se podrían superar las atribuciones que obstaculizan “la homogeneidad funcional” -etiquetamiento negativo-, utilizando para ello técnicas que han demostrado eficacia. Igualmente se haría para reforzar los elementos positivos de la identidad.

3.3. Las representaciones sociales

Las representaciones sociales son formas de conocimiento práctico, que le sirven a los individuos para desenvolverse en su medio; por lo tanto se definen por las condiciones de éste; constituyendo entonces, un modo de pensamiento social. Como tal están localizadas en el terreno de la ideología y de las intersubjetividades, pudiendo reproducir o cuestionar la situación social.

“Las representaciones sociales son una manera de interpretar y de pensar nuestra realidad cotidiana, una forma de conocimiento social. Y correlativamente, la actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición en relación con situaciones, acontecimientos, objetos y comunicaciones que les conciernen. Lo social interviene ahí de varias maneras: a través del contexto concreto en que se sitúan los individuos y los grupos; a través de la comunicación que se establece entre ellos; a través de los marcos de aprehensión que proporciona su bagaje cultural; a través de los códigos, valores e ideologías relacionadas con las posiciones y pertenencias sociales específicas”. (JODELET, 1986,476).

De esta manera, en términos de significados sociales, las representaciones expresan estructuras sociales concretas -sociedades capitalistas periféricas, en nuestro caso-. Así, podrían ser asumidas como un sentido común útil al interés de sectores sociales específicos, pues generalmente justifica la situación de dominación. Pero el asunto no es tan simple: habría que considerar la fuerza movilizadora -condición para los procesos de cambio social- de la representación de objetos como “el impacto de las medidas de ajuste”, “el aumento del precio de la gasolina”- recuérdense los acontecimientos del 28 de febrero de 1989, en Venezuela.

La planificación, como disciplina de intervención, podría hacerse de la perspectiva de las representaciones sociales para penetrar una subjetividad social; que tal vez determine, o por lo menos, condicione las transformaciones que se desean.

Referencias bibliográficas

Libros

- BANCHS, María Auxiliadora. (1992). Las Representaciones Sociales: Sugerencias sobre una Alternativa Teórica y un Rol Posible para los Psicólogos Sociales en Latinoamérica. En JIMÉNEZ-DOMÍNGUEZ, Bernardo (Coordinador): Aportes Críticos a la Psicología en Latinoamérica. Editorial Universidad de Guadalajara. Guadalajara.
- DROR, Yehezkel. (1990). Enfrentando el Futuro. Fondo de Cultura Económica, México.
- FERNÁNDEZ, Florestan. (1960). A Sociología Numa Era de Revolucao Social. Companhia Editora Nacional. Sao Paulo.
- MANNHEIN, Karl. (1942). Libertad y Planificación. Fondo de Cultura Económica. México.
- MATO, Daniel. (1995). Crítica de la Modernidad, Globalización y Construcción de Identidades. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- PARSONS, Talcott y SMELSER, N.J. (1956). Economy and Society.

- SALAZAR, José Miguel. (1993). La Especificidad Latinoamericana desde una Perspectiva Psicosocial. En: ACOSTA, Héctor (Coordinador). Una Mirada Humanística, UCV. Caracas.
- SALAZAR, José Miguel. (1987). El Latinoamericanismo como una Idea Política. En: MONTERO, Maritza (Coordinadora). Psicología Política Latinoamericana. Editorial Panapo, Caracas.
- SOLARI, Aldo, et al. (1976). Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina. Siglo Veintiuno Editores, México.
- SONNTAG, Heinz y YERO, Lourdes. (1992). Procesos Sociales en Macha. La Nueva Utopía Necesaria. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- TESTA, Mario. (1993). Pensar en Salud. Lugar Editorial, Buenos Aires.

Revistas periódicas

- AHUMADA, Jorge. (1967). Teoría y Programación del Desarrollo Económico. Cuadernos del Ilpes. Santiago de Chile.
- CALDERON, Fernando. (1995). Modernización y Etica de la Otriedad. Revista Mexicana de Sociología. Año LVII. N° 3.
- JODELET, Denise. (1986). La Representación Social: Fenómenos, Concepto y Teoría En MOSCOVICI S., Psicología Social. Vol. II. Paidós. Buenos Aires.
- MEDINA ECHEVERRIA, José. (1959). Aspectos Sociales del Desarrollo Económico. Cuadernos de la FLACSO. Escuela Latinoamericana de Sociología, Santiago de Chile.

Informes técnicos

- CEPAL. (1973). Evaluación de Quito. Santiago de Chile.